

## **LA INQUISICIÓN EN LA VILLA DE ÍLLORA (Granada)** **LA PERSECUCIÓN DE LA HETERODOXIA**

### **DISQUISICIONES GENERALES SOBRE LA BRUJERÍA Y LA INQUISICIÓN**

El uso de hierbas y otros productos naturales para la fabricación de medicamentos, así como los métodos tradicionales para la curación, supusieron en la oscura Europa germano-goda y medieval, una excusa trascendente con la que acusar y condenar por brujería a uno de los sectores sociales al que debían someter con especial interés, por pertenecer la estructura cristiana a un sistema exclusivamente patriarcal, como herederos del judaísmo y de la sociedad romana.

No es que estuviesen los hombres excluidos de esta práctica, de hecho existen casos de hombres condenados por brujería, sino que eran las mujeres en su mayoría, las más doctas y conocedoras de los beneficios y las aplicaciones de la herbolaria. La situación se traduce, como en casi todo, en el desconocimiento y el temor que éste produce, además de su dificultad para controlarse. En las zonas galas y celtas los druidas (curanderos) eran principalmente hombres, sin menoscabo de la cantidad de mujeres conocedoras también de la herbolaria y que abundaron después en el norte de España y la Europa medieval.

Ha existido desde antaño, en aquellas regiones con preeminencia de civilizaciones patriarcales, un cierto miedo al “poder” de la mujer. Más aún, a aquella con capacidad suficiente como para “manipular” el estado físico o mental de las personas.

Así pues, mientras que en la Europa medieval los médicos prácticamente no existían y restringían sus métodos curativos a sangrías que debilitaban aún más al enfermo, los orientales, herederos de los persas, los egipcios, los griegos, los hindúes y los sirios, conocían la importancia de la higiene para el bienestar físico y para la prevención de enfermedades; su farmacopea, altamente avanzada, elaboraba un sinfín de productos distintos para cada dolencia. En la España musulmana, el cuerpo médico, conformado por hombres mayoritariamente al igual que en el resto del Imperio musulmán, tenía en las fincas reales huertas de hierbas curativas con las que trataban enfermedades de todo tipo con mucho éxito. Existen aún tratados de medicina recogidos en amplios volúmenes, en los que se explica al detalle los síntomas y los métodos curativos para cada padecimiento. La preparación de los medicamentos, las razones de la aparición

de dicho mal y las de la aplicación de los elementos curativos. Así mismo las operaciones y los métodos preventivos, que en muchos casos se basaban en la higiene y en una adecuada alimentación.

Tales conocimientos no eran exclusivos de civilizaciones tan avanzadas. Desde la antigüedad, los íberos y quizás en mayor medida los celtas, conocían profundamente los efectos benéficos de los fármacos de hierbas para la curación de dolencias físicas. Entre los celtas y los íberos, sociedades fuertemente matriarcales, eran las mujeres las que se dedicaban en mayor medida, a la recolección de hierbas y preparación de medicamentos. Eran las encargadas de los partos y la alimentación. Esta es la razón por la que hoy en día en zonas apartadas del norte de España, permanecen aún los resquicios de lo que en su día se consideró brujería.

El Imperio Romano se había asentado en partes del mundo en las que imperaban las sociedades matriarcales, entre ellas la ibérica, en las que las mujeres dominaban dentro del entramado social a la par de los hombres y en algunos casos tenían incluso sus decisiones mayor relevancia, como en el caso de los espartanos. Sin embargo, entre los romanos, aunque no al grado de los griegos, las mujeres eran un vehículo casi exclusivamente destinado a proporcionar placer e hijos para la patria. Este hábito se acentuó en dos momentos: durante las invasiones a determinados países, al haberse tenido que emplear a fondo contra potentes lideresas o tropas de férreas guerreras que les provocaron graves quebraderos de cabeza; y con el nacimiento de la religión católica. No obstante, la sociedad hebraica era fuertemente patriarcal y no aceptaba a la mujer como individuo inteligente, capaz e independiente.

De hecho, ya en el libro sagrado de los judíos, se acusa a Lilith, la primera mujer de Adán, de ser demoníaco, creada de la inmundicia, mientras él era engendrado del polvo. Al negarse ella a someterse a los caprichos de Adán, lo abandona y sale del Paraíso. Tal 'crueldad' no dejó indiferente a Adán, y mientras Lilith se convierte –según la tradición hebrea- en un inmoral y maléfico demonio, Dios, aburrido de las protestas de Adán, le fabrica a Eva, la mujer que sí aceptaría someterse al hombre, aunque a la larga no quedaría ella tampoco 'libre de pecado', ya que sería la instigadora de la desobediencia de Adán.

En su herencia judía y romana, los católicos instauraron su cultura, instituciones y costumbre patriarcal en la que la mujer no tendría relevancia alguna en la toma de decisiones ni podría participar en los cultos religiosos si no era bajo la tutela de los hombres. Para haber podido soportar esta tradición durante siglos, a pesar del avance social, la religión católica se ha tomado muchas molestias en

denigrar a la mujer continuamente, como instigadora del mal y como ser débil mental proclive al cultivo de la inmoralidad. No sólo Eva o Lilith, las hijas de Lot, María Magdalena, que los católicos han tratado de mancillar para no asumir su verdadera y capital importancia en la vida de Jesús. Se ha decantado más la Iglesia por su posible condición de prostituta que por la de seguidora incondicional de Cristo que lo apoyaba en gran parte de sus tareas, siempre presente en los momentos más determinantes, pues como tal es identificada por los apóstoles, a pesar del ninguneo de la Iglesia. A este respecto dice Tomás de Aquino con toda claridad en su obra principal, *Summa Theológica*: “En lo que se refiere a la naturaleza del individuo, la mujer es defectuosa y mal nacida porque el poder activo de la semilla masculina tiende a la producción de un perfecto parecido en el sexo masculino, mientras que la producción de una mujer proviene de una falta del poder activo”.

Sobran los comentarios.

Es de destacar, además, que la prostitución era una práctica común que demandaban los hombres, pero cuyo mal, inmoralidad y práctica, atribuían a las mujeres, mientras ellos se consideraban las víctimas. Los violadores han acusado frecuentemente a la provocación, incluso a la demoníaca atracción de la mujer sobre ellos como razón de la comisión del delito. Tal y como sucedía con las sirenas, también seres femeninos y maléficos, por supuesto mitológicos pero que ejercían una atracción irresistible para los marinos (hombres) que eran irremediabilmente seducidos por su canto mortal.

Los católicos, mujeres y hombres religiosos, se han encargado de dejar fehacientemente marcados (y machacados) los pecados de todas estas y muchas otras mujeres que aparecen en las escrituras, a pesar de que entre los hombres se mencionan faltas muy graves como la persecución de los cristianos por Saúl (Pablo), la negación de Pedro, la supuesta traición de Judas (según la tradición católica, que no concuerda con otros credos), entre otros, pero que nunca les han resultado tan obscenos como los de ellas.

Estas fueron algunas de las muchas razones por las que los concilios visigodos se sucedían en la España medieval: la importancia de no permitir a las mujeres destacar en ninguno de los rubros existenciales, mucho menos en la religión. Era importante remachar su ‘maldad natural’, su ‘debilidad mental’, su ‘propensión a la instigación de la promiscuidad’ y su ‘facilidad para atraer al maligno’. En cambio eran usadas por la sociedad visigoda para emparentar con familias íbero-romanas pudientes y socialmente destacadas, como vía de legitimación y

ascenso a la nobleza o a la realeza de ellos, un pueblo invasor. Así se inició una persecución sin cuartel contra las mujeres que sigue en boga hoy en día.

Uno de los motivos que pudieron haber llevado a aquellos seres atrasados culturalmente a denigrar a la mujer a tal grado, podría ser el miedo del hombre religioso a no poder controlar sus instintos, pero también a la competencia con ellas. Como ya se ha mencionado, en muchas de las sociedades sometidas por el Imperio Romano existían fuertes sociedades matriarcales, un peligro latente que era necesario erradicar. No obstante, una de las torturas que usaban con cruel frecuencia los romanos para amedrentar a los pueblos sometidos, eran las violaciones masivas a las mujeres que sobrevivían a las incursiones y que después vendían como esclavas.

La otra razón también está relacionada con el miedo, aunque esta vez no directamente. Es la ignorancia. Los conocimientos de estas mujeres sobre medicina natural y tradicional, podrían jugar un papel decisivo. Si eran capaces de curar también podrían serlo de matar. Y por alguna razón las mujeres nativas provocaban cierto temor –infundado o no- entre los invasores, tanto romanos como visigodos y especialmente entre los religiosos católicos. De ahí la prohibición a las mujeres a participar en los cultos, y la feroz proscripción a los priscilianistas de la participación de ellas en los actos religiosos, donde no existía ningún tipo de estratificación social o segregación, lo cual incomodaba gravemente a la élite católica marcadamente sexista, racista, retrógrada y discriminatoria.

Según la tradición, el emperador romano Claudio fue asesinado por Agripina, la madre de Nerón, con un plato de setas venenosas durante el transcurso de una cena, por mencionar uno de los casos más conocidos. Los hombres, en cambio, usaban las armas para asesinar.

La mujer, desde antaño injuriada para impedirle acceder a la posición igualitaria con el hombre, ha sido declarada bruja ante el temor de su poder. Pero no el poder sobrenatural, sino su peso en la sociedad. Con frecuencia se afirma que la mujer ‘manda’. Que usa sus encantos, atributos o hechizos para convencer, conducir o seducir al hombre.

La alquimia era una ciencia sumamente avanzada desde la antigüedad. Tanto mesopotámicos como egipcios eran grandes matemáticos, astrónomos, médicos y químicos. Existen en las epopeyas históricas momentos en los que el uso de productos naturales ha revelado un poder humano que los neófitos asumieron como sobrenatural en su desconocimiento del medio. Curaciones

impensables con hierbas o ungüentos, estallidos y explosiones provocadas con elementos de uso cotidiano, operaciones a cráneo abierto en plena edad del bronce y un largo etcétera. Esta ciencia concedía crédito a las propiedades de la naturaleza, a la física, no a los sueños o a la superstición, tan recurridos en la antigüedad, especialmente por civilizaciones como la griega o mayormente por la romana, la cual, carente en sus inicios de ingeniería o conocimientos científicos, restringía las razones de sus problemas en lo onírico. La alquimia, sin embargo, no se perdió del todo con el paso de los años. Existen historias que aunque pudiesen resultar propias de la imaginación popular, pudiesen muy bien resultar reales, como la del Mago Merlín. Es probable que este tipo de eruditos en la alquimia, abundasen en la Edad Media. Sin embargo el miedo a que los tacharan de brujos pudo haber ocultado los sucesos y los métodos con los que lograban grandes hazañas químicas. Hoy día, por ejemplo, somos incapaces de comprender cómo se han podido realizar falsificaciones tan magníficas como la de la Sábana Santa, por poner un sencillo ejemplo.

De esta manera, el infierno se convertiría en un estado de particular importancia. Los seres sobrenaturales debían ser los productores de eventos que los hombres religiosos no eran capaces de controlar, lo que sobrepasaba sus conocimientos y su capacidad para actuar. Lo sobrenatural recuperaba una importancia capital. Mucho mayor a la que ya tenía, pues si una mujer, “ese ser inferior”, era capaz de sanar con hierbas podía llegar a poner en entredicho los cultos católicos. Y sembrar la duda equivalía a tambalear los débiles e inciertos cimientos sobre los que se había asentado la religión católica. Se verían entonces abocados a reconocer su lugar e importancia dentro de la sociedad, su inteligencia y capacidad, lo que en algunos casos podría haber llegado a que declarasen su “independencia” ante el peligro de que otros las imitaran, como los esclavos. En su infausto deseo de equiparse a los hombres, podrían hacerlo con el mismo Jesús. Podrían exigir la pertenencia a la élite eclesiástica, dar órdenes, tomar decisiones, ser reconocidas en las escrituras como parte clave en la historia de Jesucristo... No obstante María, su madre, es reconocida pero como elemento esencia al dar a luz, no como formadora, siendo que ciertamente había sido fundamental en el desarrollo y la educación de su hijo. Su papel fue trascendental durante toda la vida de Jesús, y no secundario como ha pretendido la Iglesia católica, a pesar de su magnificación exclusivamente espiritual. Otro caso singular sería el de María Magdalena, tan en boga hoy en día, pero al que sólo podríamos aludir como hipotético, aunque no sin cierto grado de verosimilitud.

Se ha dicho de María Magdalena que fue prostituta, que a pesar de eso fue la compañera de Jesucristo y muy probablemente la madre de sus hijos, además de su más fiel seguidora, y por tanto tan protagonista como él en la historia de sucesos. El aceptar estas singularidades para la Iglesia católica, hubiese supuesto hundir sus cimientos. Una prostituta enmendada como compañera de Jesús habría soliviantado la moralidad de la pulcritud con que se ha pretendido revestir a la Iglesia. Si además era protagonista, la igualdad de géneros podría llegarse a imponer. Y para los hombres, lidiar con las mujeres siempre ha sido muy complicado y costoso en términos económicos y argumentales.

“Las prostitutas y los publicanos os precederán en el reino de los cielos” –Mateo 21, 28-32-

José Saramago explica en su novela “Las Intermisiones de la Muerte” que no existiría la religión sin miedo a la muerte. Es ahí donde deriva el poder que llegaron a acumular los católicos. En primera instancia los romanos castigaron a la población con torturas y muertes horribles. Una vez superada la etapa de la barbarie imperial, el catolicismo debía retomar el horror de la violencia inhumana para poder sobrevivir ante su incapacidad para hacer creer al mundo que sólo ellos eran dueños de la verdad. La esencia de la verdad sólo puede transmitirse a través de lo que no puede ponerse en duda, es decir, casi nada. Ni siquiera nuestra propia existencia.

Aquellas mujeres que podían llegar a ser poderosas porque conservaban y transmitían un conocimiento ancestral de la naturaleza tanto para curar como para evitar muchos males al ser humano, eran entonces catalogadas como brujas y quemadas en la hoguera. Necesitaba la Inquisición, tan cuestionada en su verdad y en sus métodos, infundir un terror tal, que nadie se atreviese a practicar aquello que supusiese una competencia, una duda incluso, a la ‘verdad’ de la religión católica. Aquel temor, además, se veía acrecentado por supersticiones de quienes carecían de ese conocimiento ni podían darle una explicación. La ignorancia siempre ha sido un valor añadido para cuestionar a las personas, las instituciones o las creencias. Si existía quién pudiese curar o combatir enfermedades, ¿cómo explicar los milagros de Jesucristo? ¿Habría que catalogarlo entonces como médico? ¿Sería en ese caso un ser humano? ... la duda resulta un insulto para un clérigo católico que cree en la Trinidad como base de su religión, y una duda podría acabar con la misma institución religiosa.

El demonio se magnificó para combatir las rebeliones. Los símbolos maléficos se desarrollaron para obtener credibilidad, los años fatídicos, las sequías, las malas

cosechas, se atribuyeron a estos seres maléficos, a las religiones competidoras y a las brujas.

Curiosamente en España las brujas casi brillaban por su ausencia, cuando en el resto de Europa eran perseguidas sin piedad. Este hecho tan difícil de comprender se atribuye a la necesidad de la Inquisición española de ocuparse de los herejes. Con una cantidad de judíos, conversos, musulmanes y moriscos que superaba con creces a la población cristiana, lanzarse a la caza y captura también de las brujas, hubiese supuesto una persecución, una labor infinita. No obstante en Europa no existía el problema herético de población no católica, salvo en momentos concretos como la aparición del protestantismo, por lo que la Inquisición necesitaba buscar otro tipo de delitos con que amedrentar a la población.

Pero además, la población española ya había sido sometida a crueles torturas desde los romanos que terminaron con aquel carácter femenino tan hispánico por el que se había destacado la fuerte y prestigiosa cultura matriarcal íbera. Entonces la tradición patriarcal se impuso de forma tan intensa y brutal que aún pervive en nuestros días, haciendo a nuestro país uno de los más atrasados en materia de igualdad en toda Europa. Un mal que se exportó a América, y que enraizó entre los indígenas, destruyendo la base de su mundo, en favor del invasor español y del catolicismo, que impuso a fuerza de hierro y hoguera.

De esta manera la cacería de brujas en España, salvo casos puntuales, no supuso un evento de particular relevancia, mientras que en Europa estuvo en boga hasta tiempos relativamente recientes. Incluso en Estados Unidos, un país que ha mirado siempre por encima del hombro las atrocidades de la Europa oscura y las leyendas propias de la ignorancia, llegaron a producirse situaciones de tremenda injusticia contra mujeres sanadoras y maliciosamente catalogadas como brujas.

Una bruja verdadera no se deja atrapar, no se deja ver, no deja evidencias como las que la Inquisición pretendía. El verdadero poder de una bruja supone precisamente que no se las puede lastimar. Y la Inquisición lo sabía.

-ooOoo-

Antonio Verdejo Martín  
Laura Fernández-Montesinos Salamanca  
Depósito legal: GR 1474-2015